

## RESPUESTA A NICOLÁS IÑIGO CARRERA

James Brennan\*

Generalmente yo no pensaría en contestar una crítica de algo que he escrito, por dura que sea, ya que siempre he considerado las críticas como parte del proceso de construir los conocimientos y es el derecho absoluto del crítico de expresar sus opiniones en una forma libre. Pero hago una excepción con el comentario de mi libro escrito por Nicolás Iñigo Carrera publicado en el *Anuario del IEHS* (1997) de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Para un comentarista que habla de la “metodología” a cada rato (o sea, de la pobreza de la mía y por eso de los pésimos resultados), a mí me parece que al comentario le falta mucho de “metodología”, en el sentido de rigor intelectual. Sin lugar a dudas, le falta ecuanimidad y un tono de crítico interesado en avanzar en los conocimientos y no en destruir al adversario. El comentario me parece realmente injusto en varios sentidos y equivocado en otros, como señalaré a continuación.

Antes de empezar, quisiera hacer un comentario general. Uno de los problemas del crítico es que no toma en cuenta para quien este libro fue escrito. Señalo claramente en la introducción para la versión en castellano, que lo escribí pensando en un público académico angloparlante. Se puede discutir la idoneidad de traducir un libro así para el público argentino. Yo mismo lo cuestioné. Pero me parece que dado que hice claro este problema de entrada, su touo socarrón por mis banalidades y verdades de Perogrullo es gratuito. Lo que es una banalidad para un historiador argentino, resaltar la identidad peronista de la clase obrera argentina, por ejemplo, no lo es para un estudiante norteamericano leyendo algo sobre Argentina por primera vez. Al final, decidí con ciertas reservas aceptar la oferta de traducir el libro al castellano por el simple hecho que esta historia está cada vez más olvidada en la Argentina y pensé que cualquier cosa que ayude a empezar a reconstruirla, reestablecer interés y reabrir un debate sobre los significados de todo lo sucedido en Córdoba era positivo. Pero hice claro la génesis de este libro, de donde venía y a quien fue dirigido y el comentarista debió haber tomado en cuenta eso.

Primero, permítaseme reconocer las críticas del comentarista que me parecen ciertas. Señala algunos errores que son efectivamente errores. Notó que confundí el partido “Palabra Obrera”, que dejó de existir en los '60, con un partido que se denominaba “Política Obrera” que estuvo presente en los '70. Hubo una infinidad de agrupaciones y de partidos de izquierda en aquellos años, muchas veces de existencia efímera. La “Política Obrera” (o sea lo que yo menciono equivocadamente como “Palabra Obrera”) fue efectivamente un partido minúsculo que no juega ningún papel de relevancia en esta historia y que menciono un par de veces en el texto. Pero un error es un error y tenía razón en señalarlo como tal. Es posible que yo haya

---

\* University of California, Riverside.

malinterpretado también la alianza Montoneros-FAR que el comentarista señala en la misma nota y describe como una alianza “electoral”, aunque es una alianza electoral muy rara que sólo se hace pública después de las elecciones del 23 de setiembre de 1974 (ver **El Descamisado**, n° 19, 26 de setiembre de 1973, pp. 2-3 y también el libro de Gillespie, **Soldados de Perón**, sobre este punto) y hay motivos para pensar que, por lo menos en Córdoba, la unificación tenía metas estratégicas más allá de lo electoral y que correspondían a la situación política en esa provincia. Comparto su disgusto por el uso de la palabra “renegado” en cuanto al dirigente obrero, Renéé Salamanca. Esto fue un error en la traducción (una traducción que por lo general me parece buena) que no alcancé a ver ya que la palabra usada en la versión original en inglés es “renegade” y, a diferencia de lo que él dice en su comentario, como la utilicé de ninguna manera tiene el mismo significado que en castellano y lo que quiere decir es “rebelde” u hombre con ideas propias. De rebelde Salamanca (uno de mis “héroes”, como diría el comentarista) tenía mucho, pero de “renegado” no tenía nada y la palabra utilizada en la versión en castellano es lamentable. Su crítica del título “El Cordobazo” también me parece lícita ya que el libro, como él señala, realmente no es simplemente sobre el Cordobazo y más sobre otras cosas. Cambiarlo fue la idea de la editorial pero yo, como autor, tenía la última responsabilidad de ponerme firme en insistir en mantener el título original en inglés. En cuanto a éste, “The Labor Wars in Córdoba, 1955-1976”, la palabra “wars” en inglés acompañada por un adjetivo no necesariamente tiene un sentido bélico sino expresa cualquier tipo de conflicto (en este caso, sobre conceptos del papel del sindicato y el sindicalismo en la sociedad). En la medida que eso sirvió de punto de confusión para el lector argentino, tal vez fue una elección poco feliz (quizás el término más apropiado en castellano hubiera sido “luchas” y no “guerras”).

Otros de los muchos “errores” que él señala no me parecen tales. Para dar un ejemplo, mi interpretación sobre que la Vanguardia Comunista jugó un papel importante en el clasismo en Salta, no es incompatible con la identidad peronista del dirigente salteño, Armando Jaime. Yo, por supuesto, sabía que Jaime era peronista pero una cosa es él y otra la movilización de los obreros salteños y una cierta radicalización que muy brevemente tuvo lugar en esa provincia. Basé mi interpretación sobre la influencia de la VC no en la revista del partido (que por supuesto puede expresar un afán más que una realidad) sino en una serie de entrevistas con ex-militantes de dicho partido en Córdoba y algunas en Salta con ex-miembros de la CGT clasista de allí. Otro ejemplo es cuando me reta por haber exagerado lo poco diversificada que era la economía argentina. No digo que la Argentina todavía fuera un país ganadero para 1955. Pero una economía que no tenía una industria metalúrgica pesada, que fabricaba pocas máquinas herramientas, y que importaba la mayor parte de sus insumos de bienes de capital era en términos industriales, y no es para herir su orgullo nacional, una economía poco diversificada.

A veces sus críticas se deben a una mala o apresurada lectura de partes del texto que él mismo cita. Para dar un solo ejemplo, me critica ferozmente por haber echado la culpa a los guerrilleros marxistas por el asesinato de dirigentes sindicales como Vandor, Alonso, Rucci, Kloosterman, “atribuyéndolos a guerrilleros izquierdistas” y después dice que es bien conocido que “ninguna de estas muertes fue producida por organizaciones guerrilleras marxistas”. Cito la parte del texto (p. 325) a que se refiere palabra por palabra “Si bien algunos de esos crímenes eran indudablemente el resultado de luchas de poder dentro del movimiento obrero peronista, la mayoría fueron perpetrados por organizaciones guerrilleras izquierdistas...”. En la primera parte de la frase, barajo la posibilidad que no fueron los guerrilleros en absoluto los responsables por las muertes de algunos dirigentes sindicales sino luchas del poder dentro del mismo movimiento obrero peronista (esta posibilidad se ha comentado en el caso de Marcelino Mansilla, secretario general de la CGT de Mar del Plata, una figura a quien menciono en esa parte del

texto). En la segunda parte de la frase, utilizo la palabra “izquierdistas” y no “marxistas” justamente para evitar echar la culpa a cualquier grupo específico de acontecimientos que todavía no quedan del todo claros. O sea, al utilizar el término “izquierdistas”, yo estaba incluyendo grupos como los Montoneros y la FAP, quienes representaban un sector de la izquierda argentina. Hablo en el libro de “guerrilleros marxistas” cuando quiero decir justamente eso, el ERP y su política de asesinatos de funcionarios de empresas y del cónsul norteamericano en Córdoba ya que no queda ninguna duda de su responsabilidad en esas muertes. Así que, quien está utilizando palabras de una manera imprecisa y con descuido es él, no yo.

Pero ir punto por punto (o “error” por “error” en los términos del comentarista) a lo mejor no tiene mucho sentido y prefiero enfocarme en lo que él señala como las grandes malinterpretaciones que dice existen en el libro, comenzando con el objeto del estudio, Córdoba, porque allí estaría la discrepancia “metodológica”. El comentarista me critica por haber sacado a Córdoba del contexto nacional y haberla presentado como algo “único”, de no haber reconocido que representaba una tendencia general, y de allí el comienzo de una gran malinterpretación de la historia que cometo. Por un lado, es una crítica con algo de fundamento. Mi idea en este libro fue estudiar a fondo un proceso histórico local y vincularlo con las fuerzas económicas internacionales que impactan en tal proceso. Esto implicaba colocar menos énfasis en el contexto nacional. Pero en un sentido más trascendente, me parece que la crítica no es acertada. O sea, en cuanto a la validez de considerar a Córdoba como “única” en muchos sentidos dentro del contexto nacional, no me parecen muy convincentes sus críticas en su contra. Analizo un proceso de industrialización en la época estudiada con rasgos propios (no para América Latina ya que es parte de un proceso global y una nueva etapa en el capitalismo internacional y afecta varios centros urbanos en la misma época, Belo Horizonte y la zona industrial ABC de São Paulo para solo mencionar dos ejemplos cercanos en Brasil, pero sí única en el interior argentino por su concentración en el sector dinámico), y creo que estoy diciendo algo que es bastante reconocido. Rosario experimentó algo de este mismo proceso pero en mucho menor medida. En cuanto a ésta, el comentarista me reta por haber presentado a Córdoba como la segunda ciudad industrial en la Argentina cuando en realidad los censos industriales muestran que fue Rosario y no Córdoba. El seguramente sabe que este tipo de estadísticas se pueden interpretar de varias formas y que hay otros índices más allá del producto bruto industrial (por ejemplo, el valor agregado a la producción) que favorece a Córdoba y no a Rosario como la segunda ciudad industrial del país. De todas maneras, yo no estaba hablando solamente en términos económicos pero, también, en cuanto a la importancia socio-cultural y hasta simbólica de la industria en el complejo urbano.

En cuanto a este proceso de industrialización, mi comparación con una ciudad minera no fue para tomar literalmente sino para dar énfasis a algunos rasgos en este nuevo proceso de desarrollo industrial que parecen más parecidos a otros procesos económicos y formaciones sociales que con los cambios que generalmente asociamos con la palabra “industrialización”. Evidentemente, no estaba diciendo que Córdoba fuese una “economía de enclave” (utilizando un término que yo nunca utilizo, una mala costumbre y algo que él hace repetidas veces en el comentario). En el capítulo sobre la ciudad hablo de otros sectores industriales (el textil y el metalúrgico por ejemplo) y sus obreros en su desarrollo industrial, menciono la importancia de la universidad y las burocracias estatales, y simplemente enfatizo la importancia de la llegada de las empresas automotrices en transformar su estructura económica y el mercado de trabajo sin argumentar algo tan absurdo que se trata de una “economía de enclave” (algo imposible además con una economía cuya base es la industria fabril).

En otros sentidos también, sigo creyendo lícita la caracterización de Córdoba como un centro urbano con rasgos únicos y por eso sus críticas no me parecen acertadas. Tanto Mónica Gordillo como yo hemos señalado que el proceso de industrialización y un cierto contexto socio-político se combinaron para crear una estructura sindical distinta y un movimiento obrero caracterizado por una serie de prácticas sindicales (entre ellas las formas de negociación) que no fueron típicas de la Argentina de esa época. La mera existencia de los sindicatos de planta en el complejo Fiat introdujo un elemento que distinguía el movimiento obrero de Córdoba de otras partes del país. De la misma manera, no me parece descabellado poner énfasis en lo singular de Córdoba en términos socio-culturales. Por supuesto existían en otras partes del país algunos de los elementos que señalo (por ejemplo, su carácter de asiento de una cultura estudiantil izquierdista nacida de “una común identidad latinoamericana” que caracterizaba también, como el comentarista nota, un centro universitario como La Plata). Pero mi punto fue que Córdoba era única en el sentido de la concentración conjunta de esos factores (sindicatos combativos, estudiantes radicalizados, curas tercermundistas), o sea su peso socio-cultural que fue excepcional, no su existencia en sí.

Pasando al tema del Cordobazo, el comentarista dice algo que es demostrablemente falso al criticarme por haber dejado de lado trabajos ya publicados sobre el tema, como el trabajo de Francisco Delich, el de Juan Carlos Agulla, y las investigaciones realizadas en el Centro de Investigaciones de Ciencias Sociales (CICSO). Si el lector abre el libro en la página 214 (nota 1) verá el libro clásico de Delich, *Crisis y protesta social: mayo de 1969* citado, (junto con un artículo de Agulla). Los libros de Agulla y *El 69: Rosariazo-Cordobazo-Rosariazo* (del CICSO) son citados en el artículo que escribí junto con Mónica Gordillo sobre el Cordobazo y que él mismo cita.<sup>1</sup> Aún más, en ambas publicaciones cito los muchos trabajos nuevos que han salido en los últimos diez años sobre el Cordobazo que él ni siquiera menciona. Todos esos trabajos por supuesto fueron leídos e influyeron, algunos más que otros, en mi interpretación del Cordobazo. Pero el propósito de lo que yo escribí tanto en el artículo con Gordillo como en el libro no fue volver una vez más sobre los trabajos de Delich o de los Balvé, que se han discutido antes y muchas veces, sino dar una voz a los protagonistas. Lo hicimos de una forma en el artículo y lo hice de otra en el libro. Hacer eso me pareció más importante que volver sobre los bien conocidos argumentos de los trabajos clásicos de esos estudiosos.

También, me critica por “confuso” por haber analizado primero la organización y los preparativos del Cordobazo y luego describirlo como “espontáneo”. Pero las dos cosas no son incompatibles en lo más mínimo. Evidentemente, hubo un plan y organización para la huelga y la manifestación del 29 de mayo de 1969. Fue con la llegada de las fuerzas de seguridad, la muerte del obrero de IKA-Renault, Máximo Mena, que una protesta organizada se convirtió en una protesta popular espontánea para la cual no hubo ningún plan o organización, ni por parte de Tosco, ni de Elpidio Torres, ni de los dirigentes estudiantiles, y mucho menos por parte de la ciudadanía general que se unió a la protesta después. Si hubiera existido tal plan u organización, quizás el Cordobazo realmente hubiera podido convertirse en un acto revolucionario, pero no fue así. De la misma manera, analizar la estructura socio-económica de Córdoba y luego describir el estallido de mayo de 1969 como el resultado de las crisis en sindicatos individuales, no son propuestas contradictorias ya que simplemente demuestra que es la relación entre lo estructural y lo coyuntural lo que explica la índole de la protesta. En cuanto a la violencia, para la cual yo

---

<sup>1</sup> James P. Brennan y Mónica B. Gordillo, “Protesta obrera, rebelión popular e insurrección popular urbana en la Argentina: el Cordobazo”, *Estudios. Revista del Centro de Estudios Avanzados*, 4, Universidad Nacional de Córdoba, (julio-diciembre, 1994). Originalmente publicado en inglés *Journal of Social History*, 27, 3 (1994).

veo el Cordobazo como un punto de inflexión, no soy tan abismalmente ignorante de la historia argentina como él piensa para no saber que hubo violencia en la sociedad argentina a fines de los '50 y en los '60 (¿qué país en el mundo no experimentó violencia, sobre todo en América Latina, en estos años?) y que hubo sí algunos episodios de violencia excepcionales antes del Cordobazo, (el bombardeo de la Plaza de Mayo, el Plan Conintes, etc.). Mi punto fue simplemente que el carácter de la violencia cambió, que su incidencia y su lugar en la cultura argentina, sobre todo la cultura política, cambió y que la legitimidad de la violencia de los '70 fue algo cualitativamente nueva en la historia contemporánea del país. Más que por haber expresado una idea estrafalaria (así lo pinta el comentarista), me parece que merezco ser criticado por haber repetido un lugar común que todo el mundo acepta, aunque hecha con la intención de marcar un hito indiscutible dentro de la Argentina.

Quizás el comentario más ofensivo en lo que es una crítica llena de exabruptos e insultos es que “tergiverso” la historia de Tosco para servir a mi propio argumento. Si hay una cosa que intenté con gran esfuerzo hacer en este libro era reconstruir de una forma fidedigna la vida pública de Agustín Tosco, no como héroe (aunque lo fue) sino como protagonista de un contexto histórico específico en el cual vivió y contribuyó a moldear. Existe siempre la posibilidad de equivocarse (que es muy distinto de “tergiversar”), y quizás hay errores en mi retrato de él, pero estoy seguro que contiene mucho más de verdad. La “tergiversación” a que se hace referencia tiene que ver con su programa político en la coyuntura 1973 y específicamente su participación en el Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS). Me critica por pasar por alto el deseo de Tosco de construir un frente amplio que incluyera sectores no obreros, entre ellos fracciones de burguesía mediana y pequeña en un proyecto de liberación nacional. De ninguna manera digo que Tosco no estuviera interesado en tal cosa como un proyecto y menciono muchas veces en el libro que este deseo fue justo un punto de fricción entre él y algunos sectores de la izquierda y dirigentes y activistas clasistas.<sup>2</sup> Pero Tosco no fue simplemente un hombre de izquierda sino también, y sobre todo, un dirigente obrero cuya estrategia siempre tenía como prioridad la unidad del movimiento obrero cordobés y el mantenimiento de su pluralidad, un frente amplio por la liberación nacional él lo veía sólo posible si la clase obrera estaba lanzada al proyecto. En cuanto a su participación en el congreso del FAS en 1973, el comentarista dice que, “planteaba ser” un frente de liberación nacional y social y no “un mero y fracasado frente electoral”. Bueno, se “planteaban” muchas cosas en la Argentina en aquellos años, pero el FAS efectivamente hizo un intento fracasado, como el crítico mismo nota, de formar un frente electoral, algo con la cual Tosco no estuvo de acuerdo (por algo rechazó ser su candidato presidencial). Dice también que en otro momento trató de convertir un congreso del FAS simplemente en una “reunión de clasistas y sindicatos revolucionarios” cuando lo que digo es que el congreso “reunió” a clasistas y sindicatos revolucionarios (página 330), pero evidentemente junto con otras fuerzas políticas. Mi interpretación de esto no fue el resultado de una “tergiversación” sino de largas conversaciones, durante muchos años, con los colaboradores más cercanos de Tosco en Córdoba y de trabajo con publicaciones de la izquierda de la época (por ejemplo, el número de la publicación del partido “El Obrero” dedicado al congreso del FAS que cito en la nota). De todas maneras, a este episodio del FAS dedico tres frases en el libro, así que su condena no sólo es ofensiva y poco justa sino totalmente exagerada en cuanto a su importancia en el libro y en la historia personal de Tosco.

---

<sup>2</sup> Sobre este punto, ver también, James P. Brennan, *Agustín Tosco: Por la clase obrera y la liberación nacional*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998 (parte de la serie “Los nombres del poder”).

En fin, el crítico sacó de un libro de casi 500 páginas, todos los errores que pudo encontrar, algunos reales y otros, la mayoría, o resultado de su interpretación de las cosas (que a diferencia de él yo no llamaría “errores” sino justamente interpretaciones dignas de discutir) o simplemente me citó, por descuido o fastidio, mal. En un libro detallista como éste, algunos errores fueron inevitables, sobre todo en una historia para la cual existen tan pocas herramientas para reconstruirla. Pero lo peor de todo es que él no enfrentó lo central del libro, concentrándose en “errores” en lugar de reflexionar lo que yo realmente estaba intentando hacer. Como resultado, él, para utilizar su propia palabra, “tergiversa” el sentido del libro a tal punto que ya no se puede reconocer. Cuando leí el comentario por primera vez, mi primera reacción, además de sentir un poco de vergüenza ajena por el tono y el lenguaje utilizados, fue de preguntarme, “¿Pero qué libro escribí yo?” Al revisarlo, por lo menos me quedé tranquilo que escribí sobre lo que me había propuesto escribir. El 90% del libro trata del movimiento obrero en Córdoba, de la formación del sindicalismo cordobés, de las luchas internas y externas de sus sindicatos, de la historia política del movimiento obrero local. También, los procesos de producción, las estrategias de la patronal, las influencias del mercado —partes gruesas del libro a las cuales dedico capítulos enteros y no tres frases como en el caso del congreso del FAS—, cosas sobre las que el comentarista no dice nada, es totalmente mudo. Es por eso que, en términos de rigor intelectual, la crítica es muy floja: no enfrenta lo sustantivo del libro y se concentra en la periferia, en detalles como si el Che Guevara era cordobés o rosarino o si me equivoqué en poner el lugar de la muerte de Vandor en Avellaneda (a propósito, en cuanto a aquel, en la versión en inglés llamo al Che “native son” de Córdoba, no en el sentido de haber nacido allí sino reclamado como suyo por Córdoba. Pero de todas maneras, estas son cosas intrascendentes).

Más allá de algunos errores de detalle que puede tener, hay un argumento en este libro que el comentarista pasa por alto o no entiende. El argumento, resumiéndolo a lo básico, es que un cierto proceso de industrialización y las resultantes prácticas sindicales se combinaron para formar tradiciones sindicales que condujeron a una lucha por el control del lugar de trabajo. Esta lucha estaba arraigada en un cierto contexto económico, tecnológico, y empresarial y la presento como una lucha por efectivizar la democracia interna y una organización representativa, un argumento que contradice totalmente el planteo “economicista” que el comentarista quiere adjudicarme. O sea, es un estudio del trabajo como un mundo en sí mismo, como una esfera social tan digna de estudiar como otros aspectos de la vida colectiva. Para alguien a quien le gusta citar a Marx a cada rato, esto debió haberle resultado un enfoque lícito y él debió haberlo analizado y criticado a fondo (pero en sus propios términos) porque en gran parte la esencia del libro es eso. Claro, para hacer tal análisis de una forma inteligente hay que saber algo sobre la industria automotriz en todos sus aspectos (tecnológicos, financieros, empresariales); pero es posible por lo menos reconocer sin tener esos conocimientos qué está tratando de hacer el autor en el libro. Eso el comentarista nunca lo hace, o porque no lo vio o porque estaba tan indignado con mi interpretación de otras facetas de esta historia que no le importaba tomarlo en cuenta.

Mi énfasis en el libro evidentemente no fue el proceso de cómo esa experiencia en la fábrica se transmitió al plano ideológico y político. Sin embargo, tampoco omito esta cuestión. Esta lucha por el control del lugar de trabajo tuvo lugar en un contexto histórico muy particular y aunque no es mi principal preocupación, sugerí cómo esta lucha terminó en una cierta politización, en una búsqueda de una explicación política por parte de algunos obreros en los complejos de Fiat y de IKA-Renault de lo que estaban experimentando en la fábrica. Al parecer, el comentarista y yo no estamos de acuerdo con la dimensión de esta politización (o sea, da la impresión que él cree que fue mucho más amplia y profunda que yo), pero estamos de acuerdo en que existía y creo que cualquier lector que lee el libro no negará que así lo presento, tanto en el

capítulo de SITRAC-SITRAM como en otros capítulos del libro (para dar un solo ejemplo, ver la conclusión, páginas 456-457). Es por eso que las conclusiones que saca en el único momento que entra en la fábrica con su crítica, son tan raras que me hacen pensar que realmente en el momento en que él leía esas partes del libro, ya había decidido que este era un libro reaccionario, escrito por un yanqui reaccionario, y punto. Al ver mi análisis de las huelgas de IKA-Renault como una mera lucha economicista, o aún más absurdamente “consumista”, muestra que no entendió en absoluto lo que estaba diciendo: ¿cómo explica que dedique tiempo en el capítulo “La Política del Trabajo” a esos sociólogos norteamericanos que habían aplicado teorías de modernización a los obreros de IKA-Renault en sus encuestas de los '60? ¿cuál cree es el significado del título mismo de ese capítulo? Lo que digo de las huelgas es que muestran que cosas fuera de lo común estaban pasando en los 70, que las huelgas y los paros —como siempre son— tenían que ver con la existencia material de los obreros (sueldos, condiciones de trabajo, etc.), pero que el gran aumento en tales medidas en aquellos años y los tipos de medidas adoptadas, también indicaban que la fábrica se había convertido en un escenario político, en los varios sentidos de la palabra. Su crítica debió haber ocurrido en ese nivel, en la índole y la dimensión de esta politización, no si existía o no, cosa que yo nunca niego.

Otro problema es que el comentarista no hizo lo que un buen crítico siempre tiene que hacer (sobre todo en una crítica tan lapidaria como ésta): poner un libro en el contexto de otras cosas que el autor ha escrito sobre el mismo tema. Por ejemplo, me reta por suavizar los vínculos que existían entre los guerrilleros y los sindicatos clasistas. Yo también creo que existía algún tipo de vínculo, aunque aparentemente menos que él y de una índole más ideológica que partidaria, y lo he analizado en otra publicación.<sup>3</sup> En el mismo artículo, trato de incorporar otros elementos involucrados en el clasismo generalmente pasados por alto (el papel de la mujer, por ejemplo). El comentarista tenía la responsabilidad de leer esos otros escritos y si no estaba en condiciones de hacerlo, no debió haber hecho la crítica, o por lo menos debió haber medido más sus palabras. Si hubiera leído otras cosas que he escrito y hubiera puesto el libro en algún contexto, habría visto que mi concepto sobre el significado del clasismo no es tan burdo como él piensa. En cuanto a esta relación entre la guerrilla y los sindicatos clasistas, me gustaría decir algo. En mi tesis de doctorado de Harvard, di mucha importancia a este vínculo, cosa por la cual recibí una durísima crítica por parte de algunos ex-obreros clasistas de SITRAC en una lectura pública de mi tesis en Córdoba. Efectivamente, uno de los motivos por los cuales decidí no depender exclusivamente de los testimonios orales para reconstruir esta historia fue porque, salvo en el caso de un puñado de ex-dirigentes, había entre los obreros y sus familias una negación general que iba desde un leve desmentir hasta un rechazo vehemente de que tal vínculo existiera. Esta imagen negativa, yo presentía, no representaba necesariamente los sentimientos de alguna de esa misma gente en los '70 y evidentemente el Proceso había calado hondo en la memoria popular, hasta tal punto de apropiarse el término “subversivo” cuando hablaban de la izquierda. Todo esto es para señalar que, si hubiera elegido otro enfoque (o en sus términos “metodología”) —utilizando la memoria popular, por ejemplo—, ésta no habría necesariamente conducido a una interpretación que valorizara el vínculo entre la izquierda y el clasismo sino, por el contrario, podría haberlo minimizado aún más que en mi libro.

Hay otros elementos de la crítica que me siento obligado a mencionar antes de terminar. El comentarista fustiga la falta de metodología, cosa que él piensa me lleva a observaciones

---

<sup>3</sup> James P. Brennan, “Clasismo and the Workers: The Ideological-Cultural Context of ‘Sindicalismo de Liberación’ in the Cordoban Automobile Industry, 1970-1975”, *Bulletin of Latin American Research*, 15, 3 (1996: 293-308).

superficiales cuando no prejuiciosas. El me critica, por ejemplo, por una “increíble superficialidad” por hacer algún comentario sobre el tamaño de los hombros de Tosco. Claro, cualquier cosa sacada de su contexto puede parecer ridícula y superficial. Esta historia la presento, en parte en forma de capítulos analíticos intercalados con otros de forma narrativa. Lo hago de esta forma para hacer el libro más accesible a lectores no especialistas, para evitar un libro lleno de jerga intelectual que quede entre dos o tres historiadores profesionales, para que la historia se lea y se discuta. A eso se debe también mi elección de lo biográfico, que hace la historia más interesante al lector no profesional, o sea al estudiante, algo que ha contribuido, aunque no fue mi intención original, a su divulgación en la Argentina. En cualquier narrativa hay un elemento de lo puramente descriptivo. El mencionar el tamaño de los hombros de Tosco fue para hacerlo una figura de carne y hueso, no simplemente la figura mítica (o para otros demoniaca), mostrar que era un hombre del campo cuya vida empezó de una manera poco excepcional. Ya sé que lo narrativo no es muy bien visto por cierto tipo de historiadores, justamente por sus supuestas falencias “científicas” y su tendencia de llevar a la subjetividad (o porque no saben escribir). Pero no nos engañemos, por científico que pueda parecer un estudio histórico, hay siempre un elemento de subjetividad. Lo que para él son prejuicios es, simplemente, una ideología. La mía se filtra en el libro y la suya, a pesar de su afán científico, salta a la vista en su comentario. Y eso no tiene nada de malo. Todos tenemos una ideología. Pero de ninguna manera pienso que haya dejado que la mía entrara a tal punto de hacer una grosera distorsión de la historia que estudié.

Una crítica dura de un libro tan malo como el comentarista piensa es el mío es lícita, sobre todo para una historia con resultados trágicos como ésta y que es, al fin y al cabo, la historia de su país y que, a diferencia mía, ha sufrido en carne propia. Pero hay formas y formas de decir las cosas para que un “mal” libro ayude a ser un avance y no un retroceso, si eso es realmente lo que se pretende con la crítica. Que el libro represente, como él dice, un “retroceso en los conocimientos”, creo que el tiempo y otros lectores lo decidirán. Dado que, como el crítico mismo dice, los conocimientos se construyen por acumulación y hay, en lo mínimo, muchísima nueva información en el libro, dudo que sea el caso. Pero aunque fuera así, es un libro (creo que cualquier lector ecuánime dirá) que fue un intento honesto y serio de reconstruir una historia para la cual, como ya dije, quedan muy pocas herramientas para hacerlo. Detrás de cada frase en ese libro había un gran esfuerzo de tratar de entender. En eso me siento tranquilo. Nunca pensé que iba a ser un libro sin defectos por varios factores, entre ellos mis propias limitaciones que el crítico acertadamente señala repetidas veces en el comentario. Pero los libros perfectos sin defectos sólo existen para aquellos que los critican, no para aquellos que los escriben.

Para terminar, había una frase en el comentario que me quedó grabada. Es en la parte sobre el Cordobazo donde me critica por haber preferido “confrontar algún izquierdista norteamericano” en lugar de tomar en cuenta las investigaciones existentes sobre el tema. Es una frase rara, no sabía de dónde venía y a qué “izquierdista norteamericano” se refería. Ya que yo soy un izquierdista norteamericano (aunque no sea en el sentido que él lo piensa), le aseguro que no tuve nada por el estilo pensado. La verdad, nunca fue mi intención tener una confrontación con nadie. Me parece que ya tenemos demasiadas confrontaciones en el mundo. Mi intención con el libro fue un intercambio de ideas, nada más. En parte, es por eso también que respondí al comentario.